

## REFLEXIONES CON MI ALMOHADA

Siempre me he visto sorprendido sobre la facilidad que tenemos los individuos de pasar por la vida lamentándonos de las realidades sociales que nos toca sufrir, lamentos que en los mejores casos llevan a una actitud crítica acerca de la situación. Actitud ésta para nada reprochable sino encomiable pero, a mi manera de entender, a su vez criticable por quedarse a medio camino.

Nos pasamos la vida lamentando los efectos del capitalismo, de la globalización, del libre mercado, del sistema, del cambio climático....pero todas estas actitudes críticas no acaban de plasmarse en una practica real. Nos quedamos en la simple -aunque elogiabile- crítica sin hacer nada por remediarlo, lo criticamos y lo hablamos entre cervezas y filtros, o incluso lo plasmamos a través de palabras ciberespaciales, pero realmente somos mantenedores de estas situaciones, las consentimos tácitamente. Hablamos de ellas mientras nos tomamos 7 copas a precio de oro, y nos fumamos algo más de un paquete de tabaco , y después nos vamos a casa cogiendo el primer taxi que encontramos libre sintiéndonos algo más humanos porque somos conscientes de la realidad en la que vivimos.

Personalmente me niego a pensar que no tenemos culpa respecto de todo ello, sin ser esta apreciación una exoneración de responsabilidad por parte de nuestras fuerzas políticas. Sí, nosotros, esos que acudimos un buen día al Fnac y compramos 20 cd's de audio, esos que hemos pasado del teléfono fijo al móvil con cámara de fotos y conexión a internet, esos que vamos a la moda aunque nos las ingeniamos para parecer todo lo contrario, esos que hemos abandonado la colección de llaveros para empezar a coleccionar todo tipo de instrumentos de nueva generación, y cuyos armarios forman toda una pila de ropa que salvo que nos cambiemos más de una vez al día jamás llegaremos a una utilización eficiente de la misma y que por tanto se escapa a todo criterio de utilidad. Sí, esos mismos que nos compramos coches de primera mano para ir del garaje de casa al garaje del trabajo obviando que los medios públicos de transporte constituyen la forma más responsable (recordar a este respecto la teoría de los bienes privados que viene a indicar que todo lo que hoy en día consumimos abusivamente, lo hacemos en detrimento de las generaciones futuras), que nos compramos televisores de plasma y la Xbox para rellenar nuestros ratos libres , que nos metemos en hipotecas eternas para adquirir en propiedad un piso de 30 metros construidos que, antes de que hayan pasado más de 7 años venderemos porque dejarán de sernos útiles (ley de vida...somos como las cucarachas, nacemos, nos reproducimos y morimos. Y cuando llegamos al estadio intermedio nuestras necesidades pasan de los 30 metros a los 100) eso sí, sacando el mayor rendimiento posible incrementando el valor del mismo como si el tiempo que hemos pasado allí supusiera un valor añadido al bien (total...si todos lo hacen por qué voy a ser yo el único tonto que no se beneficie de la situación). Esos mismos cuyo ocio general o mayoritario consiste en acudir a centros en los que a parte de intoxicarnos a través del garrafón nos tomamos una cantidad ingente de copas por valor medio de 7 a 12 euros, sin contar por supuesto nuestros porritos, nuestras rayitas o la droga en ese momento de moda. Los mismos que percibimos unas rentas por nuestro trabajo de 1.600€y continuamos anclados en casa de nuestros padres, o que alcanzamos nuestra emancipación con un sueldo líquido inferior a 1.000€ obligando a nuestros ascendientes a completarnos la falta de liquidez manteniéndonos nuestras "pagas" para poder salir de copas, disponer de internet en nuestros domicilios o mantener el coche, esos mismos que teniendo una talla 85 decidimos operarnos las tetas para que nos queden mejor las prendas....pensemos en cualquier otra conducta análoga, porque todos nosotros somos sujetos activos de alguna de ellas.

¿De verdad no tenemos ninguna culpa de la realidad socio-económica en la que vivimos?. Si tuviéramos en nuestra mano la posibilidad de acceder al ropero de nuestros padres a nuestra edad, no encontraríamos otra cosa que unos pocos vestidos de mujer, un par de trajes de hombre y un par de zapatos.

Cuando nuestra generación predecesora tenía nuestra edad no disponían siquiera de la mitad de los bienes de los que actualmente disponemos, incluyendo la propiedad inmobiliaria, no viajaban ni la mitad que nosotros, y en definitiva no consumían ni la mitad de los bienes y servicios que nosotros ahora mismo parece que exigimos.

Cuando mis padres tenían nuestra edad - ambos universitarios pertenecientes a los llamados profesionales liberales- percibían un salario de 4.000 pesetas e invertían 2.000 de ellas en el alquiler de la casa (¿os suena la situación?) pero sin embargo el excedente lo invertían a largo plazo o lo ahorraban, en contraposición hoy en día el excedente lo consumimos ferozmente como si fuésemos lobos sedientos de sangre.

Hoy en día nos hemos convertido en verdaderos depredadores de bienes y servicios, representamos la sociedad más consumista jamás conocida, encontramos el placer en la posesión pero este placer rápidamente desaparece ya que necesitamos consumir otros bienes o emociones por encima de los ya alcanzados.

Somos los verdaderos sujetos activos de la globalización, la propiciamos con nuestros actos pero sin embargo lo criticamos, y exigimos al sistema que lo pare, me da la sensación de que le convertimos en únicos responsables de todo esto .

Sin intención de ser redundante, hoy en día vivimos en la más estricta sociedad de consumo, de un consumo sin sentido alguno que nos ha convertido en consumidores de nuestras propias vidas, buscando el sentido de las mismas en el más puro frenesí, hartazgo y derroche, y todo ello a corto plazo. Nunca nos basta con lo que tenemos (si percibimos como salario 18.000€ queremos percibir 24.000€ y cuando los consigamos necesitaremos 36.000€ para mantener nuestro ritmo de vida o mejor dicho de consumo, no nos basta con el Seat, queremos un Alfa Romeo, no nos basta el MP3 queremos un Ipod) incluso nos hemos convertido en consumidores desahorados de emociones y situaciones basándonos en aquella expresión del “Carpe Diem” (ojo, para nada soy contrario a esta forma de vida, pero creo que existen ciertos límites intrínsecos de la misma) y sin embargo, echamos la culpa al sistema.

Criticamos al sistema por darnos la oportunidad de gozar de todas estas situaciones, bienes y servicios...pero sin embargo demandamos todas estas prestaciones, ya que sin ellas no somos capaces de vivir “felizmente”. Creo que nuestra postura se aleja mucho de las más básicas reglas de la congruencia.

Nos eximimos de toda culpa a través de dos máximas esgrimidas durante el siglo XX, nuestro siglo, ninguna de las dos plenamente satisfactorias a mi entender ;

- La primera hace referencia al “motor de la moda”, que esgrimía que la publicidad y los medios de

comunicación enseñaban a moldear los deseos de tal manera que la gente se sienta insatisfecha con lo que tiene.

- La segunda hace referencia a la “obsolescencia planificada”, o lo que es lo mismo a la fabricación de bienes para que no perduraran.

Aunque ambos enfoques son verdaderos, otorgan al consumidor un papel eminentemente pasivo, papel éste más que discutible cuando no cabe duda de que el que consume es el individuo. El que decide consumir o no hacerlo somos nosotros, nadie nos pone una pistola en la cabeza para comprar el último modelo de Nokia, o para comprar en grandes superficies en detrimento de los medios de producción más artesanales y por tanto más duraderos, aunque quizá, ligeramente más caros.

Con estas apreciaciones para nada vanalizo la influencia de dichos factores, el sector económico no ha hecho más que aprovecharse inteligentemente de nuestra falta de sensatez y congruencia, y nuestro cambio de planteamiento sobre los principales valores humanos.

Quizá necesitemos que nos eduquen para consumir....En este sentido, no pretendo plasmar un alegato en contra del consumo, ya que dicho factor económico es uno de los pilares de la economía nacional, y de la mayor parte de las economías contemporáneas.

Las políticas económicas modernas funcionan a través de incentivar / sancionar bien el ahorro, la inversión o el consumo para lograr su objetivo económico. Hasta el punto de haber vivido recientemente situaciones tan paradójicas como que gobiernos teóricamente de derechas (¿de verdad alguien sigue pensando que existen partidos políticos basados en ideologías?, bueno quizá esto sea motivo de otra entrada en el blog acerca de las teorías del votante mediano, y la caída de las ideologías) proponen y ejecutan políticas teóricamente de izquierdas en las que se incentiva el consumo y se castiga la inversión y el ahorro, integrando a su vez políticas fiscales cuya concreción se manifiesta en la caída de los tipos impositivos. Todo ello con el objeto tan positivo de hacer renacer nuestra economía tan deprimida tras las vergonzosas situaciones que derivaron en las elecciones de 1996. Renacimiento económico que a su vez contó con un gran apoyo institucional hacia la iniciativa privada y a la creación privada de riqueza (situación necesaria en aquel momento y que se hubiera ejecutado independientemente del gobierno que estuviera en el poder).

Insisto, no pretendo hacer un alegato anticonsumo, ya que el consumo integrado dentro de todas estas iniciativas fiscales y políticas produce el reflejo instantáneo de creación de puestos de trabajo, y con la creación de puestos de trabajo mayor número de particulares pueden acceder al consumo de bienes y servicios, y con este acceso al consumo por más particulares se obtiene...es la pescadilla que se muerde la cola vaya.

De esta ficción económica en la que vivimos (no sólo el sector inmobiliario vive en una peligrosa burbuja) el consumo se erige como su principal factor, pero creo que como indico, aún necesario y primordial, el consumo debe tener ciertos límites. Y los primeros que debemos poner los límites somos nosotros mismos.

Entonces, si alego que la nueva cultura de la sociedad que se autoconsume es el primer escollo para nuestras buenas intenciones -crear una sociedad más justa- ¿cómo podemos mantener un consumo sin que todo se vaya al traste? Sin duda a través de la medida., teniendo claro que nuestra posición en el mundo es más importante de lo que nosotros pensamos, y debemos tomar responsabilidades con respecto a ella.

No quiero acabar este ladrillo acerca de la nuestra responsabilidad, y sobre la nueva sociedad que se autoconsume sin hacer ciertas referencias que si bien no vienen del todo a colación, si veo justificada su inclusión ya que me ayuda a explicar todo esta paja mental;

En numerosas charlas (por supuesto mientras soy el primero que está consumiendo desorbitadamente durante ellas) con los amigos aparecen innumerables referencias a la culpabilidad del sistema, y en casi todas ellas me pregunto a qué se refieren. No tengo claro que se refieran a los sistemas de gobierno o estructuras politicosociales (utarquía, oligarquía, aristocracia, autoritarismo, democracia –representativa o directa-, república), o al sistema económico(capitalismo, socialismo, comunismo, o economía mixta), y tampoco jamás me quedan claras las soluciones aportadas en estos debates, si es que existen, o simplemente caemos en la crítica sistemática sin aportar soluciones.

Lo que sí me queda claro es que la mayoría de nosotros hoy en día, consideramos el actual proceso de globalización como uno de los mayores frentes de injusticias, y de este modo, engancho de nuevo con el objetivo del escrito que no es más que volver a insistir en nuestra responsabilidad solidaria con respecto a la situación actual.

La mayoría de los individuos asiduos lectores de este blog, o incluso activos participantes del mismo tenemos edades comprendidas entre los 20 y 40 años (no sé...es una sensación) y vivimos en primera persona todo este proceso desde hace tiempo.

Para hacer frente a estas nuevas reflexiones me siento obligado a exponer el proceso del nacimiento del movimiento denominado globalización y relacionarlo con la ya comentada nueva cultura del consumo en la que, reitero, participamos activamente.

Quizá para explicar tan complejo proceso debo comenzar haciendo una breve introducción histórica, ya que la para comprender el presente debemos conocer el pasado.

En mi humilde opinión, todo lo que hoy vivimos y que es una situación que no debemos tolerar, es producto de una evolución histórica que tuvo sus orígenes en el siglo XXVIII A.C. de la mano del pueblo Fenicio que sorprendente ya disponía de una evolución económica muy superior a la de sus contemporáneos, grandes comerciantes que basaban sus negocios en el trueque o permuta como actualmente se conoce. Éstos adoptaron la moneda en el siglo 450 A.C. - que había sido acuñada por primera vez entre los años 680 y 652 por el rey de Lidia (Turquía Asiática) – y a través de su eminente carácter comercial y sus innumerables viajes marítimos, generalizaron su uso a todos los pueblos con los que se relacionaban económicamente.

Posteriormente y tras un gran salto histórico, debemos atender al surgimiento de la Primera Revolución Industrial –finales del siglo XVIII, principios del siglo XIX- que supuso la aplicación de las máquinas a los procesos productivos.

Momento posterior al surgimiento de la Revolución Francesa –de 1789 a 1799 – que bajo los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad, y por medio del surgimiento de la clase burguesa, se abolió el sistema feudal defenestrando los derechos señoriales y los privilegios del clero. Situación de la que todo ser humano debe sentirse orgulloso, pero cuya consecuencia negativa (una vez más derivado del carácter del hombre) fue el desarrollo del Capitalismo –cuyos orígenes datan de finales del siglo XVI principios del XVII- ya que si bien obtuvo claramente la pretensión de su ideario de libertad, no acabó de plasmar la idea de igualdad ya que de los factores de producción – tierra, trabajo, y capital- el capital seguía mayoritariamente en manos de unos pocos, los burgueses o aristócratas.

No obstante no pretendo restar importancia a este hito sin precedente histórico, cuyas consecuencias no han sido más que positivas para la colectividad humana. Eso sí, debemos conocer que el ideario de la revolución, por tanto, únicamente tuvo una repercusión formal (plasmado en las leyes) pero no material (no se concretó en la realidad social al 100% por los motivos anteriormente expuestos).

Y finalmente debemos hacer referencia a la Segunda Revolución Industrial, que se inicia a finales del siglo XIX en plena debilidad del sistema capitalista y que trajo consigo la producción en masa , el principio de la participación de todo el personal en los beneficios de la empresa y el principio de los altos salarios a fin de crear capacidad de compra. Con ella nos sumergimos en los principios del “nuevo capitalismo”.

Y por fin llegamos al siglo XX (la denominada Tercera Revolución Industrial; la revolución tecnológica) en el que se sufrieron complejos cambios económicos de los que tres de ellos son de especial atención;

En primer lugar la transferencia de poder en las grandes compañías, que pasaron de la dirección (grandes propietarios) a los accionistas. Este proceso tiene una fecha concreta datada a comienzos de la década de 1970, en la que los grandes propietarios adoptaron formas sociales que pretendían asegurar sus patrimonios privados frente a la responsabilidad personal derivada de la culpa o negligencia de sus actividades económicas, lo que posibilitó que pequeños o grandes inversores suscribieran (adquirieran) acciones y se generalizara e internacionaliza el capital de las mismas.

Hecho en si positivo, ya que por primera vez todos teníamos posibilidades de beneficiarnos de los dividendos pasivos (beneficios líquidos de la actividad de las empresas una vez deducidas las reservas legales obligatorias y voluntarias de las compañías y todos los tributos de obligado cumplimiento) de las grandes empresas. Por primera vez los particulares podíamos beneficiarnos de una forma directa de los beneficios empresariales, pero una vez más, esta intención alentadora se convirtió en negativa por el comportamiento del accionariado que, lejos de esperar a recibir los capitales derivados de los beneficios sociales, se comportaba como un lobo con pretensiones económicas a corto plazo formando lo que se ha denominado “capital impaciente”. Para ellos (para nosotros) el resultado no se encuentra en los dividendos pasivos sino en el precio de las acciones. La compra-venta de acciones en un mercado cada vez más abierto a la generalidad del público y de gran fluidez debido a los grandes resultados, retribuía más rápida y abundantemente que

mantener los valores mobiliarios (las acciones) durante largo plazo.

Es posible que muchos de nosotros, es mi caso, no seamos poseedores de acciones de ninguna mercantil ya que no hayamos destinado fondos a este menester. No obstante, no me queda ninguna duda de que si las poseyéramos actuaríamos de la manera anteriormente mencionada, es decir “impacientemente”. Por expresarlo de otra manera, digamos que se trata de un problema de proporcionalidad o de escalas a las que pertenecemos pero podemos extrapolar el comportamiento de estos inversores impacientes a nuestro comportamiento de consumidores exacerbados, o por qué no llamarlo también, consumidores impacientes.

En segundo lugar, y como consecuencia directa de todo esto, se produjo el gran desarrollo de las entidades financieras y otras entidades de análogas características, quienes hábilmente han sabido aprovechar -como nadie- las nuevas situaciones generadas.

En sus orígenes, las entidades bancarias operaban en el mercado a través de contratos de depósito, custodia, préstamo, caja, etc. Sin embargo, las funciones modernas de las entidades financieras son de lo más variopintas, y todas ellas responden a nuestras nuevas necesidades como “consumidores impacientes”. Sintetizando, nos ofrecen aquello que nosotros demandamos.

Han sabido aprovechar su oportunidad, y actualmente operan en el tráfico mercantil como verdaderos intermediarios entre los que entregan dinero para que otros lo utilicen, y los que lo solicitan para utilizarlo ellos, sin dejar de lado los contratos bancarios tradicionales. No obstante, debido a nuestras necesidades han creado los contratos de tarjeta de crédito, débito, y qué hablar de la proliferación de los créditos al consumo, que no hacen más que manifestar nuestro carácter consumista desaforado.

Hoy en día, gracias a nuestras ansias, son la pura encarnación del poder, poder que nosotros les hemos otorgado.

En tercer lugar, el desarrollo de las nuevas tecnologías de la comunicación y la fabricación. Hoy en día la información sobre el comportamiento de los proyectos, las ventas o el personal pueden llegar a los niveles superiores inmediatamente. En los años sesenta la demora en la toma de decisiones ejecutivas según un cálculo estimatorio llevaba un tiempo medio de cinco meses, hoy en día se tardan semanas. Esta situación trae la consecuencia social de que los estamentos ejecutivos, apremiados por el “capital y consumo impaciente” ordenan cambios estructurales en las empresas prácticamente a tiempo real. Situación que para la gran masa social ha sido nefasta, ya que hoy en día ningún puesto de trabajo, ni ninguna producción se puede considerar estable. Situación ésta que provoca que el capital social se vea cada día aún más en una situación de inestabilidad endémica lo que provoca que no actuemos a largo plazo, sino que nuestros planteamientos sean a corto plazo, lo que engarza de nuevo con esta nueva sociedad de consumo, con el vive hoy que mañana.....

Hoy los cambios institucionales en las empresas suponen una constante, aparece un análisis favorable a la centralización y los ejecutivos proceden de inmediato a ella obviando que centenares de trabajadores y su red social pasaran a ingresar las listas del paro. Muchos de ellos en situación de exclusión social, mientras los sindicatos no pueden o no quieren hacer nada para pararlo. Paradójicamente, las empresas que se centralizan, rápidamente comienzan el proceso contrario volviendo a producir la misma situación.

Otro aspecto comentable de la revolución tecnológica es que, tanto el trabajo manual como el elemental de “oficina” son prescindibles. Es más rentable invertir en máquinas que invertir en personas, lo que nuevamente nos lleva a la intranquilidad social.

A medida que la automatización se extiende, el campo de las habilidades humanas se restringe. Hoy en día mantenemos conversaciones con sistemas de voz acerca del estado de nuestras cuentas bancarias, las promociones de los móviles, la compraventa de entradas para espectáculos, etc. Todo esto ha llevado a la sobrecarga del individuo especializado (hoy en día todos estudiamos carreras superiores) y al mundo de la alta competitividad entre las personas.

A este respecto siempre me he preguntado si estos avances tecnológicos deben estar al alcance de todo el mundo, ¿somos capaces de hacer una utilización racional de los mismos o los vamos a utilizar en detrimento de nuestros iguales?. Quizá sería mejor que los avances tecnológicos estuvieran monopolizados por la ciencia, y estuvieran al servicio de los Estados con objeto de garantizar nuestra seguridad y la convivencia pacífica, o quizá simplemente debamos aprender una utilización racional de los mismos.

Todas estas situaciones derivan en la era de la globalización que trae, entre otras cosas, la migración de las empresas a estados en los que la mano de obra sea más barata. Situación inaceptable ya que sin empresas no hay puestos de trabajo, y sin puestos de trabajo...¡nos vamos a la mierda!.

Recientemente el gobierno francés ha propuesto una medida destinada a evitar esta situación, proponiendo reducir el impuesto de sociedades quince puntos porcentuales, ya que si no hay empleo existe un gran problema para la masa social (entendida como trabajadores) y para los estados, ya que si las empresas migran, dejarán de tributar en los países, lo que provocará el reflejo directo de la obtención de una menor financiación del sector público (entendido como surtidor de bienes y servicios públicos) que no podrá ser absorbida por el resto de impuestos de carácter personal (IRPF, Sucesiones, Donaciones, IVA) entre otros motivos, porque no existirá tanta masa de población en situación de tributar. Francia propone (a todos los países de la UE) que ingresemos mucho menos en este concepto, pero seguir ingresando fondos a través de las empresas.

Lo que quiero decir con esta última idea es que muchos de nosotros, como se observa en las conversaciones mantenidas, entendemos al sector público como un enemigo, y como algo inmovilista que no nos protege ni llega a comprender la realidad social existente. Pero la realidad es que cuando es necesario el sector público toma posiciones activas e intenta garantizar nuestro bienestar como se puede observar con esta medida directamente antiglobalizatoria.

A este respecto también comentar todas aquellas proposiciones relativas a que los estados deben ser más intervencionalistas, situación que sin llegar a negar, creo que se debe a un desconocimiento de la realidad intervencionadora de la administración. Que aunque no lo creamos, y sobre todo no lo sintamos, interviene mucho más de lo que creemos, aunque no puede controlarlo todo. Un control absoluto de todos los hechos o negocios jurídicos de la comunidad tendría el reflejo directo de una absoluta rigidez y lentitud en las gestiones, que tanto criticamos; es decir, a una mayor burocratización de la vida, lo que provocaría estancamiento y ralentización de los procesos. Aún más cuando desde hace años se está preponderando la posibilidad de descentralizar el Estado y acercarnos a los modelos federalistas ya que éstos, por definición, se acercan a un mejor modelo de eficacia política y económica. Véase que nuestras comunidades autónomas conocen los datos referentes a sus gastos, pero desconocen las aportaciones que sus ciudadanos realizan a las arcas públicas de la Administración Central, quien a su vez, posteriormente, les otorga a las Comunidades unos presupuestos que, de acuerdo con la teoría del burocrata, cada año será lo que necesitan, más un porcentaje superior. Esto es debido a que el burócrata, como cualquier ciudadano de a pié, quiere aumentar su poder en

forma de mayor número de competencias, tener más plantilla, mejores coche, etc; en definitiva, más dinero para consumir en su favor y en el de su ciudadanía. ¿Tiene entonces sentido la centralización?

Desde este punto de vista, mencionar que todo intervencionalismo del Estado supone una ausencia de libertad, tal y como se puede deducir del estudio de las defenestradas sociedades económicas comunistas, sociedades en las que toda decisión parte de la autoridad única y que por tanto responden a un modelo autoritarista. Aprovecho la ocasión para indicar que las sociedades comunistas no son más que el reflejo social del orden militarista. Cada uno ocupa un lugar en la pirámide social dependiendo de sus capacidades, y cambiará su posición de acuerdo a sus competencias.

Sin embargo, entre otros motivos, el sistema económico comunista fracasó debido, fundamentalmente, al carácter hedonista del hombre, y por tanto de la necesidad de pertenecer a un estatus superior, igual que en nuestra sociedad tenemos la necesidad de ser más ricos, tener más bienes, ser más guapos.....

Esta pirámide social militarista que tiene lugar en los regímenes económicos comunistas, que también se aprecia en los sistemas socialistas cuyo carácter primordial es la centralización y que fue la base de el último movimiento social de los sesenta (que pretendía acabar con la extensa burocracia empresarial y gubernamental) tiene su fundamento en la aplicación de la jerarquía militar al mundo social en un principio aplicada por el Canciller Von Bismarck, quien extrapoló la jerarquía del ejército prusiano a la vida social. El canciller y todos sus ministros prometieron a todo el mundo un lugar en el sistema social.

Dicha militarización teóricamente es adecuada, ya que promete a cada individuo un sitio en la pirámide, pero en la práctica falla por distintos motivos. Probablemente, la razón principal es que en la organización militar la gratificación se obtiene inmediatamente en el servicio al país y la solidaridad con el resto de militares, mientras que en el plano social la gratificación es diferida; es decir, aprendemos a pensar en una recompensa futura que a menudo no tiene por qué llegar nunca, lo que implica una frustración y la caída de los presupuestos de la cohesión social. Por este motivo, y de nuevo para poder llegar a la concreción de un sistema comunista o incluso a entender –como creo que debemos hacer- que somos una colectividad, necesitamos educarnos para ello.

Esto nos lleva a retomar el tema del consumismo, ya que la capa social vive con la sensación de que tenga lo que tenga no es suficientemente bueno, y resultamos incapaces de gozar del presente por el presente. Por este mismo motivo, es necesario que nos eduquen a consumir, igual que debemos ser educados para tener conciencia de pertenencia a un colectivo.

En todas estas conversaciones acerca de los sistemas anteriormente mencionados, en las que no me queda jamás claro a que nos estamos refiriendo (sistemas económicos o sistemas de gobierno), normalmente llego a la conclusión de que no somos conscientes de nuestra responsabilidad, ni de que hasta el sistema capitalista o el de economía de mercado (que es en el que realmente vivimos) ha provocado inmedibles gratificaciones. La aplicación del sistema capitalista -modernamente transformado en economía mixta- ha supuesto la generalización de la clase media en los estados modernos, no ya de los denominados países en vías de desarrollo, los cuales que se encuentran tremendamente jodidos no sólo debido a la acción de las grandes empresas y los estados, sino también, por nuestra acción como depredadores de bienes y servicios (volver a recordar que somos nosotros los que demandamos).

Antes de acabar esta parte de la disertación, me gustaría hacer mención a las nuevas estructuras empresariales, poniéndolas en contraposición con las clásicas mercantiles. Éstas últimas fueron objeto de crítica por parte de Marx, quien lejos de llevar razón en su momento histórico, fue un verdadero visionario, ya que sus observaciones acerca de la “modernidad líquida” del sistema económico y por tanto de las mercantiles de sus tiempos (hace ya algo más de ciento sesenta años) y entender que había que volver a los gremios de artesanos y al antiguo ritmo rural – que por cierto no conoció de primera mano- y que describía como la inestabilidad del orden material y mental del orden industrial, carecía de toda fundamentación teórico-económica, ya que hasta finales del siglo XIX el funcionamiento del ciclo de los negocios no se concibió de modo estadístico, y cuyos procedimientos de contabilidad se basaban en la simple declaración de beneficios y pérdidas. Visionario –al que el tiempo ha acabado por dar la razón-, que a mi modo de entender no fue el único ya que posteriormente me gustaría hacer referencia a Nicolás Maquiavelo quién realmente durante el siglo XV ya puso de sobreaviso la nueva realidad de la era moderna.

Como indicaba, las mercantiles criticadas por Marx tenían un carácter rígido y alienable, pero poseían un marcado carácter paternalista. Es decir, aseguraban los puestos de trabajo de por vida, asegurando con ello la subsistencia primaria de todos los trabajadores y su red social, situación que hoy en día es inconcebible. Además, en estas mercantiles, aún cuando las diferencias en cuanto al reparto de beneficios entre la clase trabajadora y los ejecutivos era muy elevada, no tienen comparación con la actual diferencia de reparto de beneficios entre ambos estatus empresariales. Reparto de beneficios más justo que si debemos exigir a nuestras fuerzas políticas que legislen (ya basta de ser mileuristas mientras que los ejecutivos se benefician vergonzosa y desmesuradamente de nuestro rendimiento)

Con todo este desparrame de ideas y palabras sólo pretendo hacernos reflexionar acerca de nuestra posición en el mundo, nuestra responsabilidad acerca su estado tanto actual como a lo largo de la historia, y la necesidad de que nos eduquemos –que no que nos adoctrinen – política, social y cívicamente para hacer de este mundo algo más justo.

Y es que como ya en el siglo XVII Hobbes filosofaba en el Leviatán “el hombre es un lobo para el hombre”, o si queremos verlo tal y como se deduce del Príncipe de Maquiavelo –escrito durante el siglo XVI – quién marcó el tránsito del pensamiento clásico al moderno en la Edad Moderna, ya no importa ser virtuoso en el sentido Aristotélico de ecuánime o mesura, sino que lo importante es detentar el poder (poder en sentido amplio, es decir el más fuerte, el más listo, el más guapo, el más influyente, el que más bienes tiene.....) y lo único que importa es mantener este estatus.

Por favor, reflexionemos acerca de cómo volver a los valores del virtuosismo, y exijamos que nos eduquen (no tiene por qué ser el sector público) en los principales valores humanos.

Por último, además de proponer que formemos una sociedad más justa a través de la educación política, social y cívica, también está en nuestra mano fomentar ciertos cambios estructurales, como puede ser un cambio en la democracia en la que vivimos, ya que a mi manera de entender, aunque en este momento es el sistema más viable de gobierno, no es el adecuado.

Hoy en día, los partidos políticos son grandes empresas cuya única recompensa es la obtención del poder porque con ello obtienen grandes cantidades de dinero. Desde mi punto de vista, se han convertido en los herederos ilegítimos (ilegítimos porque la institución carece de toda legitimación) de las monarquías, en el

sentido defendido por Nietzsche de que los monarcas obtienen su supervivencia del pueblo llano, siendo los grandes parásitos de la época.

Pues bien, estas grandes empresas en las que los partidos políticos se han convertido tras la caída de las ideologías, son uno de los grandes parásitos de nuestra sociedad, que lejos de representarnos (ni PP, ni PSOE, ni IU, ni...me representan personalmente lo más mínimo, y creo que es un sentimiento compartido por la mayoría de la población) y buscar nuestro bien común, buscan llenar sus arcas y sus estómagos a través de nuestro trabajo y nuestros esfuerzos diarios.

No estoy contemplando la posibilidad de vivir sin una estructura política (ojalá fuéramos capaces de tener ese don) sino de reformarla. Como indico, no me siento representado por las fuerzas políticas, y no participo activamente en su elección. Más concretamente, no creo en la democracia representativa por muchos motivos, sino en una mayor actividad política por parte de los ciudadanos que implicaría una mayor cultura política como anteriormente he defendido.

Sin embargo, la democracia directa es imposible tanto en países de gran densidad de población como en países de escasa cultura política, motivo por el cual es imposible implantarla. Sin embargo, ¿ sería posible a través de la educación poner límites al poder representativo de los partidos políticos? ¿ sería posible que en ciertas cuestiones de interés general se tuviera más en cuenta la opinión del pueblo soberano? Esta situación es también idílica ya que jamás nos dejarán –ni tendría sentido- disponer de una información transparente.

En este sentido, me pregunto si es posible una nueva fórmula de democracia que podríamos denominar mixta. Me explico, igual que existen servidores públicos del más alto nivel como los jueces, magistrados y fiscales, podríamos crear una clase política que perteneciera a la función pública (es decir, funcionarios de carrera) cuya actividad pudiera ser censurada cada 4/6 años por el pueblo soberano y por tanto, estarían sujetos al fenómeno de la cesantía, al mismo tiempo de ser sometidos a las reglas democráticas de la división de poderes y al control de la jurisdicción (aunque haya que crear una jurisdicción especial para tal motivo). Dejo para los lectores, esta reflexión en el aire...